

Esta tarde vi llover

Diana Lisselothé González Ossio

¿Cuándo cayó tanto torrente?

El recuerdo es tan vago que la memoria no logra hilar las distancias y tampoco alcanzar almanaques, ni tan siquiera esas asperezas que suelen marcar como heridas al corazón.

“... vi gente correr y no estabas tú, esta tarde ví llover y no estabas...”

La canción no es exclusiva para mí, tampoco creo que lo sea para ti, pero de a ratos te trae y hasta parece que vienes atrapado por el aguacero que cae mojando todo, latidos, pulsiones y esa cosa tan rutinaria que me viste cada jornada y se llama nostalgia. Es marzo y pronto será abril, será mayo también y se irá la lluvia y... no sé si con la escarcha del invierno.... estarás.

“la otra tarde vi que un ave enamorada daba besos a su amor ilusionada y tú no estabas.

Yo no sé si me amas o me engañas, sólo se que vi gente correr y, no estabas tú.”

Y la puerta que abro, los goznes chirrían ¿es el musgo que creció en el vano? Y aquí estás.

Y toco el abrigo tan mojado que me moja también hasta esa venita que rencorosa aún quiere gritar que no te amo más por tanta distancia, por el espacio oceánico que dejaste crecer sin misericordia, pero... ya no hay angustias por la humedad, porque tanta agua te ha puesto la piel algo salada y mucho más dulce que la última vez. Y ahí, al filo de la noche que avanza resbalo entre tu cuello y sorbo cada gota que cae lenta, como queriendo cantar con mi voz; con la tuya la tonada de la entrega. Desmedido el amor nos ciega, pero también nos vuelve audaces y locos y exagerados para columpiarnos ahí, desmedidos, anhelantes, sin más, en el hilo delgadito del deseo en la misma puerta que hoy me mira, cerrada y desteñida por tanta lluvia.

¿Estás o no, estuviste quizás? Vuelvo a tocar la canción y siento que este marzo es noviembre. Un dulce noviembre.

Cuando me pertrecho en tus brazos la luna puede correr sin problemas y alcanzar al sol, mientras yo sigo besando una a una las yemas de tus dedos, pero hoy sol y luna son distintos, ella atisba inquieta tras la rayita fina de una nube al sol pesado y turbio. Los rayos raspan las piedras de la calleja por donde resbalan zapatos, gritos y un escándalo que acelera la mañana.

- ¿Eran solo estudiantes, chicos de la Universidad?
- No, en realidad había gente dispar. Gremialistas, colegiales; mucha juventud, algunos que parecían dirigentes y por supuesto mujeres con pollera y otras de pantalón que rubicundas por tanto sol y tanta pasión se alineaban a los flancos de esa marcha que vivaba.
- ¡Que va, si son montones; un aluvión de miradas corajudas, de gritos que crecen e hilvanan himnos de guerra ;

La locura es precisa, dicen por ahí, pero estos son días sin pronóstico. Calma y violencia suelen andar del brazo para luego como cosa de nada, encender fuegos. Por eso miro y remiro las torres blanquísimas, las callejuelas que se enredan con los manifestantes y las palomas que ya en la Plaza Mayor arremeten con brío a los altoparlantes que llaman a rebato como hace casi dos siglos lo hacían las campanas y solo atino a mirarme en tus ojos pardos que ya no son mansos, ni siquiera complacientes con el azul de este medio día que derrocha vida. Y de pronto niños grandes, niños chiquitos, hombres y mujeres; jubilados y

gente de maletín estiran el cuello, se miran y se estrechan en torno a la consigna que también revuela como las palomas enlazándose a los gomales: “¡ Todos a la Glorieta!” Entonces me tomas de las manos y yo corro contigo.

Claro, “La Glorieta” no está a la vuelta de la esquina, pero, la solidaridad crece y carros y camionetas levantan a los que quieren ir y ahora estamos en ruta rumbo al lugar donde los del gobierno y los Constituyentes quieren imponer sus leyes propias. Siempre de tu mano, como aferrada a los giros de la historia que me tocó vivir, miro por el retrovisor de la camioneta a los grupos que avanzan gritando, con garrotes, con palos largos, con mangos de escobas. Pronto ruedan llantas que empiezan a quemarse entre los pastizales, mientras el sol escapa por tanto humo y en apenas un instante tenemos cubierta media cara con unos pañuelos que alguien nos dio para protegernos de los gases. Los gritos aumentan y ya no puedo mirarte porque parece que vuelo, que me alzan encima del pasto las hordas de guerrilleros que cruzaron igual estas tierras al grito de libertad y hasta escucho a Ascencio Padilla zarandeando a Doña Juana que cabalga a mi lado con toda la angustia chuquisaqueña en las alforjas. Corremos tu y yo, mi vecino y la casera de pan, corremos enloquecidos y bravíos, armados de solo la audacia que da la rabia del que va en pos de la justicia. Frenético el estribillo crece...ronco, se eleva más arriba de los eucaliptos, queriendo ya poseer las cornisas mudejares del castillo de “La Glorieta” y adentrarse por cualquier resquicio y amordazar a la mujer que preside a los que quieren escribir solos, leyes para todos... ¡Sucre se respeta! ¡Sucre...Sucre!

-¿Cuándo se sintió tanta rabia?

-Nunca. La verdad es que la rabia te enceguece cuando sientes que todo esta mal, que todo anda podrido y que habiendo un presidente indio, un mandatario elegido por tantos humildes y desvalidos, el país no cambie.

- No. ¡Este presidente nos odia y nunca nunca nos devolverá la capitalía, pero aquí estamos y no nos dejaremos...! ¡Sólo muertos compañeros!

Pero la muerte anda volando bajo, revolotea igual a los cuervos, huele la posible carroña y aletea buscando presas; esquivo las pedradas y rompo toda regla de juego: De los dos contendientes se lleva solo a los buenos. Las mujeres, como hormiguitas solidarias hacen frente común y reparten paños mojados en vinagre, ajustan torniquetes a las heridas, reparten sándwiches, rezan mucho y reparten ánimo. Pero esta es una noche triste. El enemigo escapa y la rabia rebalsa e indignada se cuela por todas las casas, por cada resquicio de Iglesia, resbala en plazas y mercados, hasta marcar en todos un odio común al otro, al que no entiende que Sucre fue y será siempre el corazón de este país de asimetrías, que Sucre será siempre su legítima capital. ¡! Sucre, Sucre... Sucre se respeta! Gritan y gritan y seguimos camino, ya rumbo al amanecer, pero tú no estás más. Hay sangre y lodo en mis manos, pero la tuya ya está perdida.

Llueve, es marzo y pronto será abril y tú, hombrecito de izquierdas, que creíste en la igualdad, en la fraternidad y te olvidaste que cerquita marchaban la revancha y el racismo, que sacaste del armario tu viejo panfleto del ABC de la Lucha de Clases... ¿donde estás? ¿te mataron acaso? Solo sé que hoy me amaste otra vez, como los dioses, como siempre, al filo del aguacero; desesperado por que no logras entenderte con este país en quiebre, pero... yo tampoco. ¡Dios! Solo sé que esta tarde vi llover, vi gente correr y no estabas tú.